

256 SOBRE LA UNION Y EL APOYO RECÍPROCO  
días de prosperidad y días de desgracia, se sienten naturalmente impelidos á pagarle un tributo comun de expiacion ó de reconocimiento.

Intérpretes en esto de la naturaleza, é inspirados por ella „Dracon, Licurgo y Solon, al „formar las primeras y mas florecientes repúblicas de la Grecia, atendieron con especialidad á los negocios religiosos: Rómulo siguió „esta misma regla cuando dió sus leyes á su estado naciente; y Platon y Aristóteles, por „opuestos que esten en otros puntos, convienen „en que la ciudad no es excelente ni feliz sino „en cuanto que se propone el soberano bien; „añadiendo que no puede jamas llegar á él sino „por medio de la religion (1).” Hablando mas particularmente del pueblo mas grande de la antigüedad, de los romanos, es constante que el respeto á la Divinidad que Numa supo imprimir en sus almas, fué el principio mas constante de su prosperidad y de sus triunfos. Persuadidos del poder y de la justicia celestial no temian tanto desobedecer las leyes como ser infieles á sus juramentos: así lo han observado escritores muy célebres como Polibio entre los antiguos, y Machiavelo entre los modernos; y

[1] Lamarre. *Traité de la police*, tom. I.

aun este último, despues de haber hecho esta misma observacion, añade estas notables palabras: „Si la adhesion al culto divino „es la prenda segura de la grandeza de un estado, el desprecio de la religion es la causa mas positiva de „su decadencia [1].”

Consultad ademas la historia acerca del culto exterior y público, y veréis que las profanaciones, los sacrilegios, las palabras blasfemas y el escarnio de las cosas santas han formado en todas las naciones civilizadas un cuerpo particular de delitos reputados como dignos mas especialmente de la vigilancia de los magistrados y de la execracion pública: todas en efecto han reconocido que las cosas consagradas al culto de la Divinidad participaban en cierto modo de la grandeza y santidad de esta, y que los ultrages hechos á la religion recaian sobre el Ser soberano que es su objeto. Aténas, la culta, la sabia Aténas, tenia leyes contra la impiedad pública: muchos de sus mas ilustres ciudadanos experimentaron su rigor; y acusado el mismo Pericles sobre esta materia, tuvo que comparecer ante los tribunales para defenderse: de este mismo espíritu estaban animados todos los demas pue-

[1] Reflexions sur Tit. Liv. lib. I. cap. II.

blos; y cuando Erostrato, llevado del deseo de una vana celebridad, quemó el templo de Efeso, una ley especial prohibió pronunciar su nombre, como si el nombre de este impío hubiese tenido para su país algo de siniestro. Los antiguos habian observado que la muerte trágica de Dionisio el tirano fué un justo castigo de sus irrisiones y robos sacrílegos, y observaron en honor de Alejandro, que en el saqueo de Tébas perdonó los templos con un respeto religioso. Nadie ignora tampoco con que vehemencia increpaba el orador romano los latrocinios de un famoso usurero de Sicilia, y que al acusarle de haber robado los templos y los altares, atribuía á estos robos un carácter particularmente odioso de audacia y de perversidad.

Consultad por último la historia por lo respectivo al sacerdocio, y os dirá que las naciones mas ilustradas, mas sabias y mas florecientes que ha habido han mirado á los pontífices y sacerdotes de su religion como una clase de hombres dignos de una veneracion particular por la santidad de sus funciones, y que por lo tanto nada han omitido para rodear sus personas de prerogativas y honores propios para atraerles la consideracion y el respeto de los pueblos. Para poderos convencer de esto, leed

las *Memorias* de nuestra Academia de inscripciones y bellas letras como la mas versada en las antigüedades, y en ellas veréis lo que era el sacerdocio entre los egipcios, los indios, los griegos, los romanos y los gaulas (1). Todos en efecto conocieron que si se debe honrar á los ministros de los reyes de la tierra, no debe honrarse ménos á los ministros del Rey de los cielos; que en el espíritu de la multitud la religion se confunde muy frecuentemente con sus ministros, y que la idea que aquella forme de esta será tanto mas elevada cuanto mas eminente sea el lugar que estos ocupen. Roma pagana conservó en todos tiempos un sentimiento de profunda veneracion á sus sacerdotes: en ella tenia el poder de los tribunos cierto no sé qué de temible, de independiente, y en cierto modo sagrado si se quiere; pero á pesar de esto el Tribuno Tremelio fué condenado á una multa por haber faltado al respeto al pontífice Metelo. En cuanto á las naciones cristianas juzgo inútil recordaros lo que para ellas ha sido el sacerdocio desde Constantino hasta nosotros.

(1) Véase el extracto de las dos memorias de M. de Baryny sur les honneurs et prerogatives accordés aux pretres dans les religions profanes. Académ. des Inscript. t. XXXI, Histoire pag. 108 y sig.

Despues de haberos manifestado el testimonio de los pueblos y de los siglos á favor de la preeminencia debida a la religion, advertiréis que todos esos espíritus frívolos, envanecidos por algunos triunfos conseguidos con sus escritos o sus discursos, mas ciegos en medio de las luces del evangelio que los paganos en medio de las tinieblas de la idolatría, y que no cesan de atraer desprecios á la religion, á su culto y sus ministros, pueden ser deshechos por la autoridad del universo. Todo en efecto rinde homenaje á la verdad, y todo nos advierte que siendo la religion el primer bien de los pueblos y de los gobiernos, debe tambien ser objeto de sus primeras atenciones.

Por consiguiente, no es bastante reconocerla como auxiliar, y darle en cierto modo por favor lo que tiene derecho á exigir como soberana, y de hacerla una de las columnas del edificio, miéntras que debe ser su cimiento: no, señores; hecha para reinar, cualquier otro puesto fuera del primero, es inferior á ella. ¿Deberá acaso el que es ante todo por su naturaleza no ser preferido á todo en nuestras adoraciones? ¿Deberá ocupar el Criador el segundo lugar en el pensamiento de la criatura? ¿Desgraciados los gobiernos que degraden la religion! Ellos se de-

gradarian á si mismos, y de cuanto respeto la privasen, de otro tanto privarian su autoridad. ¡Tiemblen caer ellos mismos al último puesto si hacen que la religion baje al segundo!

Ademas, ¿para qué estan establecidos los príncipes, los magistrados, los depositarios del poder, en una palabra, los gobiernos? ¿Estan acaso establecidos para seguir sus antojos y caprichos, para trastornar el órden eterno de las cosas, para permitir que la sociedad vaya á la ventura, y que los pueblos se abandonen sin regla y sin freno á todas las seducciones del vicio y del error? No, no señores: los gobiernos se han establecido para hacer á los pueblos buenos y felices, y para hacer que reinen las leyes, las buenas costumbres, la paz en las familias, y la tranquilidad en el estado; y siendo la religion el mas firme apoyo de todas estas cosas, ¿no será por consiguiente el primer deber de aquellos hacer que los hombres la respeten, y salvar á las naciones de esa impiedad que es su plaga mas terrible? De este modo realizarán las miras de la Providencia, y se mostrarán segun sus designios los padres y los pastores de los pueblos. Los inferiores elevan naturalmente sus miradas á los que ocupan los primeros puestos de la gerarquía política, y de ellos reciben el

impulso así para el bien como para el mal: si los gobiernos y sus agentes miran con indiferencia la religion; si para ello son lo mismo los homenajes que la honran que las blasfemias que la ultrajan; si la impiedad triunfa por medio de aquellos mismos que deberian ser los primeros que la reprimiesen, entónces no puede ménos de debilitarse la creencia de los pueblos, y resentirse los resortes de las costumbres y de las leyes.

No se me oculta que aunque la religion sea profundamente honrada, siempre tendrá enemigos que combatir; pero en este caso conservaria mas fuerza y mas imperio sobre las almas, y seria una barrera si no inexpugnable, á lo ménos mas poderosa contra el torrente de los vicios desencadenados. Yo bien sé que la religion no pondrá á los pueblos al abrigo de toda disension y de toda discordia, y que aun ella misma puede ser ocasion é instrumento de estas en manos de los malvados; pero miéntas viva en los corazones, ella misma vendrá á ser el remedio de los males que los hombres hayan podido hacer en su nombre: habrásé mutilado el árbol; pero la savia continuará circulando en el tronco, y podrá devolverle su primera lozanía. En cuanto á la triste y degradante filosofia de nuestros

dias que procura separar de Dios al hombre, y la religion de la sociedad, es un veneno que devora, pero que no lleva consigo su antidoto; hierre, pero no cura; mata, pero no resucita: solo la religion posee los tesoros de la vida. Recorred los anales de la Francia, y veréis que si á pesar de sus continuas turbulencias en todas las edades; de tantos desórdenes y tantas guerras intestinas, avanzó noblemente por entre los escollos y las tempestades; si se elevó hasta la cima del poder, de la gloria y de la civilizacion, dominando gran parte de la Europa hasta el punto de darle su propia lengua, fué porque llevaba en su seno un principio de vida. Si, señores, la religion es fuerte por sí misma, y fuerte tambien por su alianza con el estado. Cuando manos impías rompieron este pacto sagrado, la Francia se conmovió hasta en sus cimientos, y solo cuando manos mas hábiles han empezado á restablecerle, ha empezado á salir de entre las ruinas: tan cierto es que la religion debe dirigirlo todo, si no se quiere que todo degeneré; y que si todo puede conservarse por ella, todo sin ella debe perecer.

En cuanto al culto divino, á los objetos de la piadosa y profunda veneracion de los pueblos, á los templos, á los altares, á los vasos y á las

vestiduras sagradas, diré tambien que no basta á los gobiernos asegurarles aquel respeto que se tiene á las cosas de la vida civil, sino que deben inspirar las mas altas ideas de ellos, y dar al desprecio, á la irreverencia y al robo de las cosas sagradas una idea de sacrilegio, de profanacion y de crimen de lesa magestad. En esta parte el silencio de las leyes seria una impiedad. ¡Qué! ¡quereis que el pueblo reverencie la religion, y desechais los únicos medios de realzar á sus ojos su precio y dignidad! ¡quereis que las familias tengan religion, y al mismo tiempo introducis el ateismo en las leyes! Si la casa de Dios no es para vosotros mas que la casa de un hombre, si las ceremonias mas santas se miran solo como una ostentacion ordinaria, si los vasos del santuario son á vuestros ojos como la copa de vuestras mesas, y las decoraciones del altar como los muebles de una sala, la ley misma seria entonces la que en cierto modo humillaria la religion hasta el nivel de las cosas comunes, y la que confundiria la Divinidad con el hombre mismo; y si la indiferencia en esta parte debilitase la piedad en los corazones, ella misma seria cómplice de este mal. Y ¡qué mayor calamidad para una nacion que hallarse el desórden en aque-

llo mismo que deberia ser la regla de las costumbres públicas!

Diré por último por lo respectivo al sacerdocio, que no es suficiente tolerarle y mirarle como una profesion útil, sino que los gobiernos deben procurar hacerle venerable á los ojos de los pueblos para dar mas imperio á su doctrina. Si se le llena de amargura y de sinsabores; si se le expone á los horrores de la indigencia, del odio y del desprecio; si se le ridiculiza en los teatros, si se le insulta en libelos, si se le coartan los medios mas eficaces que tiene para perpetuarse; si segun el texto ó el espíritu de la legislacion solo se le mira como una carga pesada ó una profesion despreciable, entónces todo se perdió. Una sociedad sin religion, una religion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin autoridad, son tres inconsecuencias igualmente absurdas, y tan ofensivas á la Divinidad como destructoras de todo órden público.

Si alguno me atribuyese en esto miras de intereses ó de ambicion; si creyese que me dejo extraviar por preocupaciones de mi estado y de mi profesion, mal conoce el fondo de mi corazon: por temor á semejante inculpacion no he debido tener cautiva la verdad en mi pecho. No me toca dar lecciones de política, ni trazar de

una manera positiva á los gobiernos de Europa las medidas que deben tomar para proporcio-  
nar el triunfo del cristianismo; pero en un tiem-  
po en que se tiene la osadía de presentar la re-  
ligion como peligrosa ó inútil á lo ménos, es lí-  
cito, diré mas, es un deber recordar los servi-  
cios y los beneficios que le deben los gobiernos  
y los pueblos, y lo que tiene derecho á exigir de  
los que estan al frente de los negocios públicos.

Reconozcamos en fin que si los gobiernos de-  
ben y necesitan comunicar estabilidad á las  
instituciones y á las leyes, su primer deber y su  
primer interes es tambien por la misma razon,  
honrar y hacer honrar la religion, que es el fun-  
damento de aquellas. Sí, todo es precario en  
un pueblo en que la religion no es la regla de  
todo; sin ella el entendimiento carece de norma,  
el corazon de freno, el vicio de temor, la virtud  
de esperanza, la desgracia de consuelos, la au-  
toridad de apoyo, y la fidelidad de garantías. Si  
confesando los males que ha hecho la filosofia  
moderna dijese alguno que ella misma es la que  
debe repararlos, diria una expresion llena de or-  
gullo y de ignorancia. La filosofia sin religion  
es una tierra sin agua y sin calor, en la que  
nada puede madurar. Las combinaciones del  
entendimiento humano son insuficientes pa-

ra formar y conservar las sociedades; es ne-  
cesario para esto valerse de aquel espíritu  
criador y conservador que ha hecho y que go-  
bierna el universo, pues las obras del poder hu-  
mano son mas ó ménos durables segun que par-  
ticipan mas ó ménos del poder divino. La reli-  
gion tiene una fuerza infinita como Dios mismo;  
ella sola puede dar la vida á un pueblo bárba-  
ro que la busque, y restituirla al pueblo civiliza-  
do que la haya perdido; y de las divinas doctri-  
nas de la religion cristiana es de las que parti-  
cularmente se debe decir que son espíritu y vi-  
da: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et  
vita sunt* [1].

---

(1) Joann. VI. 64.

SOBRE

## LA EDUCACION.

Si alguna cosa, señores, hay íntimamente enlazada con la suerte de una nacion; alguna que deba excitar la solicitud tanto de los gobiernos como de los particulares, y capaz de precaver ó de preparar la ruina de las generaciones futuras, es sin duda la educacion de la niñez: hé aquí una de las causas principales de la prosperidad ó de la decadencia de los estados; y bien dignos de lastima seriamos los franceses si despues de tantas conmociones violentas, en que se han resentido entre nosotros hasta los cimientos del edificio social, no estuviésemos penetrados de la necesidad de consolidarle, asentándole mas que nunca sobre la base de una educacion profundamente moral y religiosa. No nos entreguemos pues á la indolencia en esta materia, ni la miremos con desprecio: se trata de lo que mas vivamente interesa á todas

las familias: se trata, señores, de la salvacion misma de la patria. Dejemos enhorabuena á un pequeño número de hombres las sabias discusiones sobre las letras y las artes, sobre las máximas de la política y el manejo de las rentas públicas: estas son cosas que generalmente no hay obligacion de saber; pero de nadie, sea quien quiera, debe ser desconocida la educacion de la niñez, é interesa de tal modo á todas las clases desde el trono hasta las cabañas, y estan todos sin excepcion tan obligados á contribuir á ella con sus lecciones ó con sus ejemplos, que á ninguno es permitido mirarla con indiferencia. Así pues mi objeto al hablaros hoy de la educacion de la niñez es avivar la vigilancia de los padres, el celo de los maestros, y por último la atencion de todos. A este fin sentaré los tres puntos siguientes: primero, la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños: segundo, para que la educacion de estos sea buena debe ser religiosa: tercero, para ser religiosa debe confiarse á hombres religiosos. Tal es el asunto y la division de este discurso.

No es mi ánimo, señores, exponer nuevos planes de educacion, examinar métodos de enseñanza, ni deprimir lo presente y elegir lo